

AYES
DEL
ALMA



DRPS
FA
718

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500769807



AYES
DEL
ALMA

Ex Libris



Russell Perry Schold III

Mw

James Woye

Manfori

171

Fl DRPS FA 10718

0500269807

Reyes del Alma.

AYES DEL ALMA,

por

D. RAMON DE CAMPOAMOR.



MADRID;

BOIX, EDITOR.

IMPRESA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1842.

AYRES DEL ALMA

304

D. RAMON DE CAMPOAMOR.



IMPRESA

DE

LA

1864

A DON

JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH.

Usted que es el tipo del hombre moral perfecto; que así como nos vence á todos en ingenio, nos escede en poseer las cualidades en que estriba la verdadera virtud, reciba con la benevolencia que le es peculiar estos versos que, en pago de sus buenos consejos, le dedica el mas cariñoso de sus amigos

Ramon de Campoamor.



A LA REINA CRISTINA,

Restauradora de las Libertades Pátrias.



Italia...! Italia...! á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de tí adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno
cual hoja seca de aquilon llevada.

(Juan Donoso Cortés.)

ODA.

Lleva en paz esa nave
aura gentil que hácia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra mas rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las rejiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adios , Reina querida ;
si al ronco són del huracan que zumba
te abre la mar guarida ,
yendo de muerte herida
feliz serás en encontrar la tumba.

¿ Por qué doliente mides
con esos ojos , que la paz vertian ,
la tierra que despides ?
¿ Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecian ?

¿ Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel balletero
que amagó carnicero
la blanca sien de la inocente madre ?

Y tú , pueblo agueruido ,
que la proscribes con ardor bizarro ,
recuerda cuando uncido ,
como alazan vendido ,
llevarte pudo à su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la réjia frente de baldon sellada ,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta , infiel alano ,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano ;
hoy te alzas soberano ,
y un vil rufian te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz , porque la mísera fortuna
de una madre lamente ,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en órjia placentera
tu criminosa hazaña :
¡ Gloria al leon de España
que el pecho hirió de una infeliz cordera !

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas :
quien venció Napoleones ,
añada à sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

(40)

Y en tanto que serena
rfa la mar , ó que sus senos abra ,
aduérmete sin pena
al bronco són que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡ Ya abandonó à Castilla !!
Cantad , hijos del Cid , la alta victoria :
en mí fuera mancilla ,
magüer que cual Padilla
me ajito en sed de libertad y gloria.



LA COMPASION.



LA COMPASION.



—¿Niña , por qué desvelada
suspiras con tal empeño ?

—El por qué , madre , no es nada :
solo me siento hostigada
por las quimeras de un sueño.

—El rostro , niña , sepulta
en la holanda , que el espanto
viendo las sombras se abulta.

—Asi derramaré , oculta
entre sus pliegues , mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
llamarà el alba á la puerta.

—Pues vendrà en vano llamando,
que si ahora duermo soñando,
despues soñaré despierta.

—¡Ay que si el mundo ve ya
de una niña el mal profundo,
que es amor en decir da!

—Pues sus razones el mundo
para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
estriba el mal que te aqueja?

—En unas tristes canciones
que, de una lira á los sonos,
alzaba un hombre á mi reja.

Entré aflijida en el lecho,
quedé traspuesta, y entonces
sonó un ruido á poco trecho,
¡qué cual llagaría el pecho
cuando ablandaba los broncees!

Desperté á oírle, y la lira
no alegró la soledad;
y ahora mi pecho suspira,
no sé si porque es mentira,
ó porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?

—Soñé que era un peregrino.

¡Ay de las tristes doncellas
si al proseguir su camino
puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mia,
cantaba en llanto deshecho?

—Y soñé que era el que un día
buscó albergue en nuestro techo
por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,
húmedos ya sus despojos,
vino á la puerta llamando,
y yo se la abrí, mostrando
la compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza
recordar tal desacuerdo?

—Dejadme en mi bienandanza:
¡bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
cuando la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
uno que á su ingrato bien
como á sus ojos quería :
mas no me contó que habia
hombres ingratos tambien.

Dióme con chistes discretos
conchas , cruces y regalos ,
y mágicos amuletos
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño
en plática tan sentida ,
que cual si fuese beleño
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre
se fué la sombra espesando...

—¿ Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma ?
—Rendime á partido luego ,
porque [acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

—¿ Y fuiste, al rayar el día,
su ruta , niña , à inquirir ?
—En vano fuí , madre mia ;
ya el sol derretido habia
la nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada ,
fui de lugar en lugar.....
—¿ Y qué hallaste , desgraciada ?
—Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

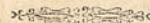
—¿ Cuál jenio, en tan triste dia,
á escuchar su frenesí
mas ciega que él te impelia ?
—La *compasion* , madre mia.....
—¿ Y quien la tendrá de tí ?!...



VIVIR-MURIENDO.



VIVIR - MURIENDO.



Vivid, et est vita nescius ipsa suae.
(OVID.)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos ;
y al ver tan opuestos lazos ,
con torva faz prorrumpieron :

— « ¿ Qué buscas aquí , perdida ? »
dijo á la vida la muerte.

— « ¿ Nació para tí , por suerte ? »
dijo á la muerte la vida.

— « Dios , á mi eterna morada » ,
responde aquella , « le envía. »

— « Soy , para entrarle en la mia » ,
dice ésta , « de Dios enviada. »

—«Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida»—
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo audaz cada una
presa en el mísero infante,
lleno de llanto el semblante
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía,
si, antes de nacer, vivía,
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fui dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
nombra desvelo á la vida,
y llama sueño á la muerte.

Ponen con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van al alma mía
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando
como la noche y el día.

Si de la vida por suerte
el breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd por fortuna
daré mi primer vajido?
¿ó por fortuna habrá sido
lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer por suerte,
¿á que me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿por qué me sigue la muerte?

¿A dónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡ Sacadme ya , Dios clemente ,
de un abismo tan horrendo ,
ó eternamente muriendo ,
ó viviendo eternamente .



EL

CARRO DE LA FORTUNA.



EL
CARRO DE LA FORTUNA.



A mis amigos
RUBI, DONCEL Y VALLADARES.

Llegad, los que os es dado.
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma
trepad , lanzando en oblaçion cruenta
el tropel que la abruma ,
y que viste de pluma ,
del topo vil para ocultar la afrenta ,

Caigan , pese á su lloro ,
del pedestal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro ,
que alas calzaron de oro ,
y su virtud por escalon pusieron .

Abajo esos tribunos ,
torpes ministros del doloso fraude ,
que de su mal ayunos ,
adulan importunos
al populacho vil que ahullando aplaude .

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje ,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el jentil ramaje .

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre ese pueblo erguido ,
que imita conmovido
con hondo afan la condenada prole .

Marquen esos caballos ,
fogosos siervos de la suerte impía ,
con sus herrados callos ,
todo al que , cual vasallos ,
con riendas de oro à su placer los guía .

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvoredas ;
y ora el carro ciando ,
ora presto arrancando ,
magullen siempre al criminal sus ruedas .

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo ,
que del vicio hostigada ,
tinta en sangre la espada ,
ya la virtud se convirtió en verdugo .

Caigan en són horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo ,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos , y de ahitadas bienas .

Bajad con vituperio
viciosos mónstruos de infernal ralea ;
ya cayó vuestro imperio ,
que orlando el hemisferio
el pabellon de la justicia ondea .

LA

ESENCIA PERDIDA.



LA ESENCIA PERDIDA.



¡Ay de la flor que à la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento à la merced su pompa verde,
y à la del sol su delicada esencia !

¿Qué la importa que alegres en su vuelo
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas ?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto , si fingiendo quejas ,
la esquivarán , pasando fujitivas ,
cual yerba venenosa las abejas ?

Seran desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra ,
pudiendo deleitar , de las zagalas
la blanca faz , con su amorosa sombra .

No verá mas entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores ,
cuando bajen , aromas y ambrosía
à beber en las copas de las flores .

¡ Ay del arbusto que se eleva erguido
à impulsos de la blanda primavera ,
y es el oprobio del jardin florido
quien para ser su galardón naciera !

¡ Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante ,
y un tierno adios de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante !

Si pierden los capullos su ambrosía ,
como el alma su amor y su inocencia ,
plácida flor de la esperanza mía
no pierdas , no , tu delicada esencia .

Pasa la vida delirando amores ,
perdida en la ilusión de una quimera ;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera .

Tiende , bien mio , de tu mente el vuelo ,
no imites en tu curso à los que viles ,
por no asaltar en su altivez el cielo ,
usurpan su mansión à los reptiles .

Aires mas puros con afán busquemos ,
dejando el valle , en el alzado monte ,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte .

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento ,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento .

(36)

Y sé tambien que por alli cargados
se columpian los céfiros de azares ,
que son los yermos deliciosos prados ,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores ;
tiende alli el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La madre de los ángeles inflama
el corazon de amores mas exento ,
y hay un pastor que à los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves ,
pues sigue à los osados la fortuna ,
que el àguila es la reina de las aves
porque vuela mas alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos ,
por si algunos lamentan nuestra huida ,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte à la partida.



EL AMOR INMORTAL.



EL AMOR INMORTAL.



—«Atrás! que ya los altares
velan las sombras profanas,
y al vulgo de estos lugares
lo llaman á sus hogares
con su oracion las campanas.»

«Atrás! y no en loco tema
traigas revuelta en la falda,
símbolo de tu fe estrema,
esa florida guirnalda
de tus amores emblema.»

«Torna, loca, á tu alqueria,
 porque, si bien lo contemplo,
 es necio por vida mia
 dejarme asi cada dia
 lleno de yerbas el templo.»

—«He de ver su sepultura,
 pese á tus iras crueles,
 pñes bien nos predica el cura
 que nunca el Dios de la altura
 cierra su casa á los fieles.»

—«Asi te azucen traidores
 algunas vez sus mastines,
 por tus ofrendas de amores,
 los dueños de los jardines
 adonde robas las flores.»

«Y pues que en tal desierto
 sigues con cordura poca,
 quedate ahí, y ten por cierto
 que gana muy poco un muerto
 con la oracion de una loca.»—



¡Cuitada que en su quebranto
 no halla en la tierra consuelo,
 lo busca en el cielo santo,
 y sordo tambien el cielo
 las puertas cierra á su llanto.

Huye, niña, que esa puerta
 entre nocturnos reflejos,
 pareces ya de una muerta
 la sombra que vaga incierta
 llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
 como á imagen de la muerte,
 llamándote el alma en pena,
 de horror la comarca llena
 cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca que en su intento,
 sin que de su afan se corra,
 ama con ardor violento
 memorias que el tiempo borra,
 cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
por que escarnecerla puedan,
que en este mundo finjido,
solo pagan con olvido
á los que van, los que quedan!....



LA CONFESION.



LA CONFESION.



Y yo abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.

MELENDEZ.

Ya el manso indócil , que en su error seguia
con inútil empeño ,
torna á buscar la sal que le ofrecia
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano ,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mia
por esclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas à la entrada
alamedas, y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé mas bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamàs calmé, por aliviar las mias,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron à mis ojos dias
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
à saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del mas fuerte,
y, el dardo asiendo de mi pecho herido,
dió al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, ó no apasteis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre à vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas à mis ojos brotan
como volcan deshecho.

Feliz, si à mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que à los veinte abrilés
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, padre mio,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.

Quedad con Dios los que vagais perdidos
del ancho mundo por la incierta via,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guia.

Quedad con Dios; y perdonad pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdon si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos seres tambien, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdon si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantaràn mis labios,
cual monumento à vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteon convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasia
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mia
purificada por los aires sube.

Recoje cazador el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.



... con las ; en ...
... en ...
... en ...
... en ...

... en ...
... en ...
... en ...
... en ...

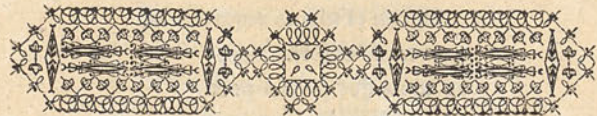
... en ...
... en ...
... en ...
... en ...

... en ...
... en ...
... en ...
... en ...

... en ...
... en ...
... en ...
... en ...

... en ...
... en ...
... en ...
... en ...

EL IRIS.



EL IRIS.



—«Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»—

Asi una turba lijera
de niños baja diciendo,
tocadas del iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco á poco
va el iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—«¿Como es?»—Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden:—«¡Ya es idol!»

—«¡Mentira!»—Bajan diciendo
los que ven clara su lumbré;
y en tanto ganan la cumbre
mustios los otros subiendo.

Porque sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos,

El iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
à los que bajan, obscuro,
y á los que suben, brillante.

—«¿Como es?»—En ronco alarido
gritan los antes burlados;
y los de ahora estasiados,
tristes responden:—«¡Ya es idol!»

—«¡Mentira!»—Dice bajando,
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

Juntos, con pueril anhelo,
se ajitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos dando à cual mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan:—«¡Adelante!»—
Y los de adelante:—«¡Atras!»—

(56)

Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucía.

Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza que enojos,
vuelto al cielo los ojos,
esclaman todos:—«¡Ya es ido!!»

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento,
tras un placer nunca hallado.

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verde en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marca en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella,
suspira y dice:—«¡Ya es ido!»

LAS HADAS.



LAS HADAS.



AT....

Salud, claras centellas,
que en jiros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ánjeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastrais, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre à mí vecinas.

Y ya que uno por uno,
tal venceis los fracasos
del destino importuno ,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno.

Por beneficio tanto ,
dejad que sin pesares,
os rindan en su encanto ,
tierna mi voz, cantares,
dulces mis ojos, llanto.

Vos , con jesto risueño,
traeis al alma mia
con amoroso empeño ,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templais la venganza
de mis tristes memorias ,
y en lisonjera holganza
vos renovais las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó lijeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brio
vuestra morada esquiva
cruce en blando estravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mio.

No separeis la mano
en que feliz me aduermo,
cuidad con pecho humano
que mas que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apagueis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
présagas de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantilenas mías.



UNA LAGRIMA A UN RECUERDO.

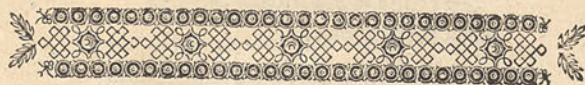
A LOS SEÑORES

DON JOSE SAFONT Y DON MARIANO BARRIO.

NOTA.

En la tarde del 24 de febrero de 1841, murieron ahogados en el rio Henares, viniendo de una quinta de recreo, DON JOSE SAFONT y su esposa DOÑA MARIA CLA VIJO, acompañados de sus padres, DON JOSE y DOÑA ROSA LLUG, DOÑA ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de DON MARIANO BARRIO, una niña de siete años hija de estos, y otros varios amigos y parientes. Solo DON JOSE SAFONT (hijo) se salvó por solicitud de un dependiente, despues de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en union de tan queridos objetos.

Está por demas advertir que la siguiente composicion ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.



UNA LÁGRIMA A UN RECUE!



—« Era una tarde sombría.
El aquilon rebramando
nuestras cabañas heria. »—
Así á sus hijos decia
una matrona llorando.

—« Hender un canto la esfera
se oia plácido en tanto.
¡ Mas quién entonces creyera
que solo de muertes era
vago preludio aquel canto! »

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre
mi madre acudid;

Y aunque algo os aqueje
an triste memoria,
la trájica historia
contando seguid.

—«Iban las olas mujendo,
mientras las auras esquivas
seguian con dulce estruendo
en vago són confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

Y estaba azotando impío
el aquilon la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
ví una carroza lijera
ganar las hondas del río.

Amaina zagal! dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores
entre las algas se hundieron.

Ay! con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

Viérais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos jemitos lanzando,
con ansias de muerte dando
el postrer vale á sus almas.

Y al ver una madre en tant
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto
presa infeliz de tal duelo!»

—Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre
mi madre acudid,
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
a trájica historia
contando seguid.

—« A vueltas de mi estravio,
ó con triste lamento
gritar:—¡ A Dios, amor mio!—
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el rio.

Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una fiel mano impelía,
y al ver á la esposa hacia
exequias á su esperanza.

A Dios! el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y,—¡ para siempre!!— gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

¡ Y cuál su dolor seria,
cuando él en trance tan fuerte
à su esposa—¡ á Dios!—decía,
y ella—¡ Adios!! le respondía
desde el umbral de la muerte!

¡ Ay! cuando en tropel se hundí
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?!!»

—¡Que lástima el verlos
ahondarse seria!
—¡Cuánto ay! llenaria,
vagando, el confin!!
—¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
—Lloremos, hermanos,
su trágico fin!



LAS DOS ALMAS.



LAS DOS ALMAS.



—¿A dónde vas , alma mia ,
hacia ese mundo perdido?

—A ser alma de un nacido
la Omnipotencia me envia.

—¿ Y tú , alma mia , qué vuelo
sigues ganando la altura ?

—Dejo á uno en la sepultura ,
y voy camino del cielo.

—Puesto que subes , hermana ,
y te hallo al bajar al mundo ,
dime ¡si es...—Un caos profundo
que llaman cárcel humana.

(74)

Prosigue; y no tan altiva,
hermana, bajas ahora,
porque vas, siendo señora,
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
sigue en loco devaneo,
cada potencia un deseo,
y un gusto cada sentido.

Pues de ánsia de goees lleno
busca el oído armonía,
el paladar ambrosía,
é impúdico el tacto, ciego.

Así sus gustos sin calma
van los sentidos gozando,
mientras que á merced flotando
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
y en tan contrarios vaivenes,
si el alma delira bienes,
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
y el alma adorando el cielo,
siempre están, en su desvelo,
carne y espíritu en guerra.

(75)

—¿Pues si ya, el cielo ganando,
dejaste cárcel tan fiera,
por qué al aire, compañera,
vas esas lágrimas dando?

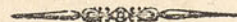
—Porque hay, hermana, en el suelo
séres que también se adoran,
y que al dejarlos se lloran,
como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo, escalas,
y al mundo voy que tú dejas,
llevémos, pues, tú mis quejas,
y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo á donde me alejo,
cuando le muestre tu llanto,
muestra mis ayes en tanto
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
de mi cautiverio el día,
queda á Dios, hermana mía.
—Hermana mía, él te guarde.

A ORILLAS DEL NALON.





A ORILLAS DEL NALON.



¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazon llagado!
¿El ánima doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
 su curso, audaz, á los planetas marca;
 ya al abismo declina;
 ya á par del sol camina,
 y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
 de esas sonantes y apacibles olas,
 que con planta insegura
 llevan su linfa pura
 arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
 multiplican los visos halagüeños,
 sus imágenes bellas
 se parezcan á aquellas
 que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
 las remedan tan frágiles perfiles,
 quiero aumentar mi gloria,
 trayendo á la memoria
 los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas
 fáciles ondas, derramando albores,
 y al pie de las montañas
 seguid entre espadañas
 tocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
 por el soto tended las limpias huellas,
 conjuraré los vientos
 porque no borren lentos
 esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
 borrase de esos cuadros halagüeños,
 consuélalos mi quebranto,
 porque también el llanto
 borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh si mi frágil nave
 pudiese por lo menos sus entenas
 dar al aire suave,
 para que el peso grave
 cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llebadme, ondas queridas,
 por vuestro ráudo y celestial camino;
 si es por sendas floridas,
 no importa que perdidas
 á morir camineis al mar vecino.

Que con queja importuna
 jamás, en congojosa pesadumbre,
 maldigo la fortuna,
 sea el sol ó la luna
 quien el camino de mi muerte alumbre.

(82)

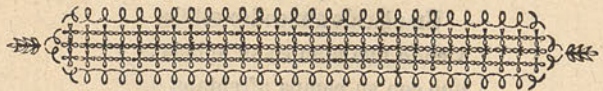
Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto mas caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llebadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.



EL PRIMER AMOR.





EL PRIMER AMOR.



ALEGORIA. — A. P....

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes hendechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguia al árbol mirando
con aficion importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ay! que tanto ornamento
costó à su pecho aflijido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un jemido.

—¿ Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

Ay! pese á tu amor, repara,
en tus delicias estemas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mio,
tus ilusiones con ellas.

¿ A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿ Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿ Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamas has oido
mas que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ay! si á torrentes bramando
 el agua vá por las cuestas
 los mármoles desquiciando,
 en su furor trasportando
 los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
 que los volcanes revientan
 en las soberbias alturas
 donde las flores mas puras
 eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompiere
 en amorosos cantares,
 no has de olvidar si pudieres
 que siempre son los placeres
 la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
 será inútil que cobarde
 dé el lábio un ay! lastimero.
 ¡De qué valdrá el mensajero
 si ya el perdon llega tarde! —

Una á una, hora por hora
 contaba las flores bellas,
 hasta que un dia á la aurora
 halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
 toda su pompa liviana
 los céfiros que pasaron
 á recibir la mañana.

Vió entonces entré suspiros
 del primer mal el trasunto,
 y cuantas vueltas y jiros
 dá la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
 dá riendas al lloro en tanto.
 Siempre es el último puerto
 de nuestras cuitas el llanto.

¡ Asi el hojoso ornamento
 costó á su pecho aflijido,
 cada capullo un lamento,
 y cada flor un jemido!

¡ Mas de cuánta ilusion y cuántas flores
 se orláran ay! nuestros primeros años,
 si los cierzos calmáran sus furores,
 y acotára el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
 lloremos sí, nuestro fugaz aliño,
 porque tambien el destrozado arbusto
 la imájen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora ,
vengan tambien á lamentar conmigo
la viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna , sí , de fraternal consuelo,
la pobre niña , que mirando solo
cómo un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los áustros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusion primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hácia el cristal del rio
cayó á la orilla entre el hedor del cieno.

Descended serafines de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma.

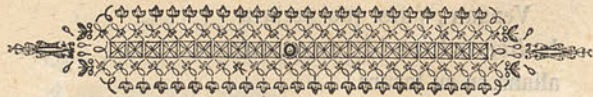
Vagad , ayes del alma, en són de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcánjel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino.

Tal vez en su inocencia no creia ,
al amainar su vuelo acelerado ,
que el paraiso terrenal cubria
la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano , Señor , sea la guia
de esa inocente , que angustiada llora
que al despedir al sol dichosa un dia,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un rio
para que oigais su anjelical querella,
puedan lograr su redencion , Dios mio,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.





EN LA CARTUJA DE BURGOS.



A. B.....

ODA.

Paso á la imbécil plebe!
que, detestando en su abyeccion la gloria,
tiende su brazo alevé,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la horfandad derrama?
—» ¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
ódie la grey que *libertad* proclama.»—

Vengan, pues que perjura
la *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura
á esa falanje impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derroca sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos:
solo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

Míralos ya, alma mía,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orjía
aquí, dó ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las tuyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil jeneracion que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destruccion tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del cordero.

Ah! desde hoy nuestros brazos
¿ en qué altares, con mística porfia,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡ Rotos pedazos, ay, del alma mia!



MUERTOS Y VIVOS.

(100)

Bailad , que las luces
al orco se lanzan,
y negras avanzan
las sombras detrás;
Y alzando alaridos
al viento que atruena,
las almas en pena
nos hacen compás.

Miradlas, al ruido
de cien cascabeles,
poblar los dinteles
del réjio salon.

Huid, prole inmunda,
y ahogad los gemidos,
que à muertos y á idos
no hay fé ni pasion.

Tal vez nos demanden
antiguas promesas;
mas hoy ni por esas
la fiesta ahogarán.

Bailad, que sus prendas
al ver inconstantes,
los muertos amantes
de rabia se irán.

(101)

Oid cual mi nombre
maldicen crueles.....
¡Amantes infieles,
un trago por mí!
Bailad , y que sigan
las almas su vuelo;
si estorban al cielo,
nos sobran aqui.

Si vienen à hacernos
tan frívolo cargo,
de un viaje tan largo,
bailad, y hagan dos.

¡Ahogad las creencias:
cerrad la ventana,
que vuelvan mañana
benditas de Dios!



EL JUICIO FINAL.

FANTASIA.

RESUMEN.

- I.—Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del ángel malo.—Postrer ardid del infierno.
- II.—Llamamiento.—Descripcion del juicio final.
- III.—Trasformacion y ascencimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.
- IV.—Vencimiento del espíritu por abyeccion de la materia.
- V.—Imperfecion humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne.
- VI.—Hastío de Dios en su mejor obra.—Aniquilacion de las criaturas.
- VII.—Sentencia.—Nueva creacion del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.
- VIII.—Desaparicion del Criador.—Ultimo à Dios á la esperanza.

Corolarios.....



EL JUICIO FINAL.



I.

Anuncio del juicio final à los espíritus malignos.—Lamentos del ànjel malo.—Postrer ardid del infierno.

—Asi Luzbel esclamaba ,
mientras le oia confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto :

—“Mañana , cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios ,
y , vomitando tormentas ,

sombras aborte el profundo ,
 tumba fatídica siendo
 en encontrados disturbios ,
 las llamas de las tinieblas ,
 y estas de aquellas sepulcro ;
 y desquiciados los orbes ,
 por los espacios cerúleos ,
 ya con la llama abrasados ,
 ya entre las sombras ocultos ,
 amenazando caídas
 perdidos vaguen sin rumbo ,
 al ruido de la trompeta
 que anuncie el final del mundo ;
 el orbe donde nacimos
 asediaremos sañudos ,
 para vestir los despojos
 de los que en él fueron justos ,
 y en alas de su pureza ,
 los nuestros dejando impuros ,
 à juicio pareceremos
 de Dios ante el trono augusto. »—

Al nombre de Dios heridos
 como al poder de un conjuro ,
 se dispersaron inquietos
 los condenados en grupos ,
 hondos jemidos lanzando ,
 de eternos ecos preludios ;
 y de la atroz gritería
 al descompuesto murmurio ,
 despiden rayos sus ojos ,

fatal emblema de orgullo ,
 restos de glorias pasadas ,
 y de alto orijen trasunto.

—“ Tremendos sobre nosotros ,
 siguió Luzbel , uno á uno
 entre martirios sin cuento
 pasaron lustros y lustros ,
 sin que el dintel de los cielos
 jamas tocásemos puro ,
 aunque á sus puertas llamamos ,
 ya humildes , ó ya sañudos ,
 ora con fieros enojos ,
 ora con llanto importuno ;
 pues siempre de sus albores
 ciegos nos dejó el impulso ,
 sin que á atenuarlo bastase
 de nuestros antros el humo ;
 siendo al medir las esferas
 en desesperados tumbos ,
 de su clemencia el escarnio ,
 y de su gracia el insulto.
 ¡ Oh ! si nuestra alma rebelde
 jamas adoró al Dios sumo ,
 al cieno vil aferrada
 por el imán de los gustos ;
 y si en prision afrentosa
 nuestro divino atributo
 la infame cárcel del cuerpo
 ató con lazos robustos ,
 ¿ por qué Dios , fuente de gracia ,

de su emanacion verdugo ,
 condenó á eterno martirio ,
 en su justicia sañudo ,
 al alma que encadenada
 alzarse al cielo no pudo ?
 Ganad, hijos del infierno ,
 pese á los buenos el hurto ,
 y antes que el orbe aniquile
 del juicio el terrible anuncio ,
 los restos con que piadosos
 rindieron al cielo cultos ,
 tal vez porque sus sentidos
 nunca en su afan iracundos
 contra el imperio del alma
 se amotinaron impuros .
 Sus ! »—

Y enderezando al orbe
 los condenados su rumbo ,
 aun no colgaban los aires
 las negras sombras de luto
 cuando en tropel se apostaron
 en los confines del mundo .



II.

llamamiento.—Descripcion del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
 conturba los revueltos horizontes ,
 que á su fragor el orbe estremecido
 lanza de sí cual átomos los montes ?

¿A dónde en ronco estruendo
 los mares desbordados ,
 rujientes van la inmensidad midiendo
 de planeta en planeta despeñados ?

Por el espacio errantes ,
 perdido el rumbo de su jiro eterno ,
 los astros rutilantes ,
 las sombras inflamando del infierno ,
 cayendo van desde la empírea cumbre
 en ciego parasismo ,
 mientras nubes espesas
 se alzan sin fin del tenebroso abismo ;
 y en remolinos fieros
 ruedan despedazados
 en amalgama universal mezclados
 llamas , cometas , sombras y luceros .

Hirió la trompa al resonar la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ay desesperado
que ronca alzò la humanidad entera.

Id , á juicio, mortales ,
sin contener el indolente paso ;
caminad á sufrir eternos males,
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡ Ay si al tornar con ánima doliente
los ojos desolados
hácia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente !

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto ,
ya que alegres tuvisteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza ,
en vaga lontananza
al arcánjel oid , que en presta huida
grita, al cruzar la inmensidad inerte:
—“ ¡ Ay del que à Dios no consagró su vida!
¡ Ay del mortal que lo olvidó en su muerte !”

Seguid , prole maldita ,
sin mundanos deseos ,
con ánima contrita ,
á rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos:
caminad sin rodeos :
no hay sagrado á qué huir ; esta es la senda.

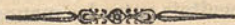
Id , y arrojad , monarcas de la tierra ,
en oblacion amarga ,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no á los hombros, en mundano esceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar dobleis el peso.

¿ Por qué ocultais entre las manos bellas ,
las frentes de jazmines ,
vos que brillásteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines ?

Id , con los ojos falsamente enjutos ,
torpes matronas de insondable pecho ,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
ved de Dios el asiento,
y como ya á su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.
¡ Ay del que á Dios no consagró su vida !
¡ Ay del mortal que lo olvidó en su muerte !



III.

Trasformacion y ascencimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutil.
Y cuando algunas, ya altivas,
tocan del cielo el confín,
otras, rastreras, el polvo
miden con hondo jemir,
pues de sus restos antiguos
con ánsia inquiriendo el fin,
en vano, hozando sepulcros,
discurren aquí y allí,
hasta que al murmullo ronco
de un satánico reir,
escuchan sobre los aires
clamar á Luzbel así :

—“Con nuestros restos á juicio,
almas dichosas, venid,
ya que en los vuestros nosotros
vamos con vuelo gentil.
Y á fé que prendas tan leves
son fáciles de subir,
mientras que torpes las nuestras
pegadas al cieno vil,
tal vez á ascender se nieguen
por círculos de zafir;
y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»—

Dijo; y conformes los buenos
con tan infernal ardid,
visten sus formas humildes
ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignorais resignadas
almas de orijen feliz,
que los sentidos rebeldes
en espantoso motin,
tambien las almas aferran
como esas que veis subir;
y espíritu y carne entonces
luchando en abierta lid,
suele á la impura materia
rendirse el alma servil!
Vos que cruzásteis el mundo
con formas de serafin,
sin que sintiéseis el fuego

de las pasiones hervir,
aun no sabeis cual marchita
de nuestra edad el abril,
el ánsia de las potencias,
cuando guerreando entre sí,
ansioso busca el oido
profanos sonos que oir,
ébrios de placer los lábios
otros lábios de rubí,
fantasmas de amor la mente
de misterioso perfil,
lumbre que admirar los ojos,
sendas el pie que seguir;
y en tan inciertos deseos,
y en tan encontrada lid,
aquí anhelando placeres,
llorando gustos allí,
llevan al alma aferrada
tras de la materia ruin,
para concederla solo
la libertad al morir;
y entonces Dios la destierra,
donde por siglos sin fin
padezca, porque no pudo
en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
mil veces mas fuerte y mil,
con esos viles despojos,
almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
por el desierto confin:
—«Y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»



IV.

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
á la turba infernal miró á sus plantas,
gritando en hondo afán:—«¡*Misericordia!*»

—«Silencio, vil tropel, de Dios maldito:
tarde la gracia del Señor granjeas.»—
Y la turba infernal alzando el grito,
repite sin cesar:—«¡*Bendito seas!*»

—«¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
deslumbrados los hijos del profundo?»—
Y á las palabras del Señor responden:
—«¡*Paz y salud al Redentor del mundo!*»

—«¿Son estos los que en ciego desvarío
jamás tornaron á su Dios los ojos?»
—«Los mismos son, pero piedad, Dios mio,»
clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

—«Si olvidados de vos ayer seguimos
tras el cebo carnal de nuestros gustos,
hoy redencion á demandar venimos
con las prestadas formas de los justos.»

«¿A qué al infierno desterrar sañudo
el alma de estos miseros nacidos,
si siempre débil contrastar no pudo
el impuro motin de los sentidos?»

«¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
en cárcel mundanal el alma presa,
quien recibió de la fortuna impía
torpe la lengua, y la rodilla aviesa?»

«Si los que alzásteis compasivo al cielo,
con nuestras formas vuestro sér adoran,
¡ay de los tristes que en amargo duelo
à vuestros pies arrepentidos lloran!»

—«Venid,» dijo el Señor, «mis escogidos.»—
Y un ay se oyó que conmovió el profundo;
mientras suena en los aires esparcidos:
—«¡Paz y salud al Redentor del mundo!»



V.

Imperfeccion humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha del
espíritu y la carne.

Presentes los escogidos
ante el Señor que los nombra,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,
sacrilegos á sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran,
antes blasfemando ateos
gritan del cielo con mofa
en el aspecto divino,
la faz encarando torva:

—«¡No hay Dios!»—Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen impíos gritando
en confusion espantosa:

—«¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que así á vivir me condena
entre el horror de la sombra?»

—«¿Cuál torpe arrobo las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble á inquirir su oríjen,
jamás el vuelo remonta?»

—«¿A dónde está la morada
de esa deidad misteriosa,
que todos su sér conocen,
y todos su esencia ignoran?»—

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido implora:

—«¡Hasta los ángeles, grita,
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brillais con mas gloria!»—

Y á su voz siguen los malos
gritando: «¡Misericordia!»
Y á sus impuras blasfemias
ciegos los ángeles tornan:

—«¿Por qué, si sueño, tan solo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?»

—«Nada los hondos misterios
de la relijion me importan,
si ofuscan mi entendimiento,
y si mi razon sofocan.»

—«Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas órjias,

á ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.»

—«Blandos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptuosas.»

—«Liviano mi pensamiento
sujeta á pruebas gustosas
imágenes de deleite
que mi entendimiento aborta.»

—«¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que antes de herirlo se embotan?»—

Y en su ignorancia ofuscados,
mas las blasfemias redoblan;
mientras que Dios entre el velo
sepulta la faz gloriosa:

—«Ebria de goces ansía
ricos panales mi boca.»

—«¡Qué músicas mis oídos
vienen á herir sonoras!»

—«Profano lechos á impulso
de estímulos que me acosan.»

—«Dejan marchito y sin vida
á cuanto mis manos tocan.»

—«Arden de amor mis sentidos.»

—«Es la virtud una sombra.»

—«Iguales son Dios y el caos.»

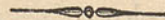
—«No hay mas placer que la gloria.»
—«Falta la luz á mis ojos.»
—«Sueños impuros me acosan.»
—¡Oh, qué tormento es la duda!
—«¿Quién es Dios?»—«¡Misericordia!...»



VI.

Hastio de Dios en su mejor obra.—Aniquilacion de las criaturas.

—«Silencio, exclamó Dios, vil criatura;
grosero aborto de miseria y llanto,
en quien es siempre la materia impura
cárcel y afrenta de tu origen santo.
Maldigo en tí mi predilecta hechura.»—
Y recorriendo el vaporoso manto,
al vivo resplandor de una mirada
ángeles y demonios fueron nada.



VII.

Sentencia.—Nueva creacion del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.

—«Vuelva á su sér lo criado:
y de hoy por siempre estará
entre su Dios y los hombres
mediando la eternidad.»

«Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto á poblar.»

«Con honra de imájen mia,
de barro el cuerpo tendrá;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.»

«Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardón de sus penas
la cruda muerte, y no mas.»—

Dijo el Señor, y á su acento
llenó sus cáuces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vió á los astros jirar.
Y como á vueltas de un sueño,
levísimo por su faz,
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,
en éxtasis celestial,
una vision milagrosa,
que cada vez mas y mas
se fue alejando entre nubes
del bajo eden terrenal,
hasta que al fin quedó entre ambos
mediando la eternidad.
Agradecido al dón triste
de la existencia faláz,
al cielo humilde las palmas
alzó postrándose Adán,
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,
y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazón á amargar,
y el dón funesto maldijo
de su existencia fatal,
hasta que viendo á Eva al lado

que con sonrisa fugáz
 sus dudas y desvaríos
 trocó en amoroso afán.
 El bien del alma olvidando
 por el placer corporal,
 se prosternó desde entonces
 ante la humana deidad;
 y sin que de su alto orijen
 quisiese el fin deslindar,
 ni ver del hondo sepulcro
 un término mas allá,
 dudas, miserias y llanto,
 ahogó entre el placer carnal,
 llanto, miserias y dudas
 legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida
 la senda cruzando erial,
 siembra al pasar ilusiones,
 y engaños cojiendo vá;
 y en curso errado, siguiendo
 de su apetito el imán,
 le asedian aquí pesares,
 remordimientos allá;
 y en guerra consigo mismo,
 y consigo mismo en paz,
 goza siguiendo la dicha,
 sin alcanzarla jamás;

y así en encontrados rumbos,
 atormentándole van
 delante las ilusiones,
 y los recuerdos detrás.
 Y muerto de la esperanza
 el consolador fanal,
 siguen los hombres su ruta
 con solícito ademán,
 esperando aquí una dicha,
 allí esquivando un azar,
 viendo siempre el bien lejano,
 y cerca sintiendo el mal;
 y prosiguiendo el camino
 que hollaron á su pesar,
 de donde vienen no saben,
 é ignoran á donde van.
 Entre el error y la duda,
 sin norte que brujulear,
 ciegos caminan á veces
 en parasismo mortal,
 llamando gloria á la pena,
 padecimiento al solaz,
 á la verdad la mentira,
 y á la mentira verdad.
 Y á veces por la fé herido
 sucumbe el jenio del mal,
 y otras rueda el fanatismo
 luchando con la impiedad,
 y así en abismo espantoso,
 entre creer y dudar,
 incierta á su fin camina
 la abyecta prole de Adan.

¡Ay de vosotros los tristes
 que en tan proceloso mar
 luchando con las tormentas
 sin esperanza vogais,
 sabiendo por vuestro daño
 que de la ruta al final
 solo será vuestro premio
 la cruda muerte, y no mas!
 Y vos los que en sueños vagos
 de eterna felicidad
 creéis de vuelo en muriendo
 sobre los aires pasar,
 ¿qué galardón, miserables,
 por fé tan ciega esperais,
 si está entre Dios y los hombres
 mediando la eternidad?...

VIII.

Desaparición del Criador.—Último adios à la esperanza.

Así acabaron las glorias
 DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
 y al ver à las criaturas
 aniquiladas su Dios,
 el ceno tocó, y del centro
 se alzó Adán entre su hedor,
 y un beso sobre su frente
 para animarle estampó.
 Y viendo tan vil hechura,
 trasunto de otra mejor,
 la faz al último cielo
 por no mirarla tornó;
 y una lágrima derrama,
 glorioso emblema de amor,
 que al descender ardorosa
 sobre la cima del sol
 evaporada à sus rayos
 en nube se convirtió.
 Y alejándose escondido
 entre el augusto vapor,
 avergonzado su hechura

por última vez miró,
 hasta que entre ambos, doliente,
 en faz de eterno dolor,
 con su poder invisible
 la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
 de vuestro seno, gran Dios,
 no probaré las delicias
 de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
 tras una y otra ilusion,
 iba ganando el sepulcro
 con infatigable ardor,
 el término de mis penas,
 y de mi fé el galardón,
 creyendo en mis desvaríos
 ver al través de su horror!
 Mas ya por la misma senda
 tan sin esperanza voy,
 que falta en torpe letargo,
 en mi juventud precoz,
 el vuelo á mi pensamiento,
 y el ánsia á mi corazón;
 y sin admirar cantando
 vuestra grandeza, Señor,
 falta entusiasmo á mi pecho,
 y falta canto á mi voz.
 Y pues que en vano me cansó,

id esperanza con Dios,
 y apagad de vuestra antorcha
 el peregrino fulgor,
 que aquí me quedo llorando
 de mis cantares al són,
 una jornada perdida,
 huyendo de otra peor.
 Y aunque impía me engañaste,
 sepultando mi ilusion,
 al llevarme fascinado
 con tu destello traidor,
 recibe el último vale
 del que te da su perdon
 desde este páramo yerto
 donde no nace una flor.

¿Y á dónde vos, engañados,
 en tan ciega confusion,
 caminais, hermanos míos
 treguas prestando al dolor?
 Si vais como yo marchando,
 lleno de fé el corazón,
 creyendo tras el sepulcro
 pasar á vida mejor,
 doblad como yo la frente,
 tened el paso veloz,
 que por sentencia de él mismo
 para nosotros no hay Dios.
 Mas no, seguid vuestra senda
 al májico resplandor
 con que la dulce esperanza

(134)

vuestra niñez alumbró ,
¡ y oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pós ,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo !.....



EL ALMA EN PENA.

LEYENDA.

ADVERTENCIA.

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento mas que una pequeña fase del cuadro que me habia propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios mas ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

—«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»—

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están rejidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así seria necesario confesar que Dios hacia un ayó sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta direccion.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni mas ni menos que los animales de un órden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido comun. Se me dirá que al darnos Dios el libre albedrío nos concedió un instinto de percepcion que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo mas, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, de poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el dón de conciencia, pues seria lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia seria una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y solo trato de manifestar que así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido mas loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervencion directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relacion con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazon de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquitico. Basta para desarrollar esta composicion, pero no cumple con el objeto que me habia propuesto. La cuestion por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabon mas aéreo que este, infinitamente mas universal, que abraze todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese sér misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinua en el corazon por caminos desconocidos; que escita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?

Abandono la resolucion de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma mas diestra que la de un pretensio filósofo de veintitres años.

PRIMERA PARTE.

ANJEL-DEMONIO.

PERSONAJES.

IRENE (Alma en pena).

ELVIRA.

ANA.

DON LUIS DE CASTRO.

DON PEDRO DE LARA.



MORIR AMANDO.



Tenia Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fue esta vez la mas constante
de las amantes Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que estinguió su vida
el fuego de las pasiones,
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
asi pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que asi camina
por márjenes deleitosas
en ilusion peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo ,
dando á sus amores creces ,
jamás apurò, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡ Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que mal de su grado
pagando al amor tributos
jimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños ,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ánsia poca
soñar, desterrando enojos ,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con manchilla
de nuestra senda á la orilla
el corazon á pedazos.

¡Pobre Irene! exclamó un día
su madre, al ver, que inocente
muriendo, se sonreía;
y al verla morir la jente,
¡pobre de Irene! decia.

Dejadla, que asi muriendo,
será mas feliz su suerte.
¿Qué mas quisiérais, que yendo
hácia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusion con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
mas que un adios importuno
al despertar de su sueño.

Mas lejos, turbas galanas
de amantes que, en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios, los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
—¡“Ay de la bella paloma
que jime entre ocultas' redes!”

Dejad á Irene que duerma
buenos doctores en calma,
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que velais su último instante,
no perdais las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que solo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

(146)

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este día.
¡Oh si al nacer en los brazos
muriera yo de la mía!

Cuanto á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño,
que lanza el postrer jemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes estremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós, y muere
en brazos de la esperanza!



EL ALMA EN PENA.



Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algun sér querido
que presa de ocultos males
jime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para estinguirla mas antes,
solo en las funestas horas
de tan apurados lances
aquel que vela á su lado
porque lo siente lo sabe.

Asi de la triste Irene
la desconsolada madre
que poco á poco de aquella
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.

¡ Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en valde
prodiga en su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusion de una imájen,
existe, goza y discurre,
por las rejiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prision de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales !

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsion lijera
que plácida le contrae

como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír álguien,
desfallecida su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
séres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus lijeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
lijeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante :

— « Alma ¿ á qué llamar al cielo ?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo :
vaga por el mundo ; y pena. »

« Si en tí no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos ,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos. »

« Tu amor fue una idolatría.
¡ Sombras del mundo engañosas !
¡ Ay del que no ama , hija mía ,
á Dios ante todas cosas ! »

« ¡ Si á una luz engañadora
ereiste al mundo tu amigo ,
Dios te destierra á él ahora.
¡ Duro es , Irene , el castigo ! »

« ¡ Por cada esperanza vana
tendrás desengaños , celos...
mas sufre , que nadie gana
sin espiacion los cielos ! »

« Por el sér que fue tu encanto
vela hasta su hora postrera :
sigue sus pasos , y en tanto
padece Irene , y espera. »—

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales ,
despavorida la mano
tendió hácia Irene al instante ,
y al ver de su tez la nieve ,
y de sus ojos el mate ,
fria enmudeció su lengua ,
y yerta quedó su sangre ,
desplomándose transida
sin dar de vida señales
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana , bella , radiante ,
con formas tal vez marcadas ,
pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusion de nieblas ,
de aromas , de luz y de aire ,
que á todas imita , y todas
carecen allí de parte ,
cuyas esencias son solo
las que al espíritu atañen ,
y cuyo sér en la mente
se enjendra , alimenta y cabe.

Fantasma que , concebido
 por un delirio suave ,
 siempre á la torpe influencia
 de los sentidos se evade ,
 y que brilla abandonado ,
 débil , tibio , agonizante ,
 como sombra de otra sombra ,
 como imájen de otra imájen.

Adios , alma perdida ,
 que con incierto afan , y dicha incierta ,
 cruzarás dolorida
 la senda de la vida ,
 estando ya para los vivos muerta.

No descurras liviano
 el velo que nubló tu afan perdido:
 ten , Irene , la mano ,
 porque es el pecho humano
 hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
 consagrando al amor sus verdes años,
 vagarán desterradas,
 de quimeras sembradas,
 cojiendo como tú los desengaños!

Si hallases por el viento
 séres que fueron mi pasada gloria,
 cuéntales mi tormento,
 por el dolor que siento
 al relatar tu plañidera historia.

Dí que sus ayes vanos
 nadie oye aquí , porque los turban luego
 los rumores insanos
 de esos mónstruos humanos
 que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
 quieren herir la mundanal conciencia,
 que apaguen sus jemidos,
 porque á muertos y á idos
 sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan solo yo viviendo
 vuestro clamor enamorado escucho.
 ¡Quién me diera á ese estruendo
 corresponder, rompiendo
 la cárcel vil en que afanado lucho!



DESENGAÑOS.



DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Los pies sobre el pavimento,
las sienes entre una almohada,
contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusion ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,

ó ya desde un falso oriente
 las aborta la esperanza ;
 y por eso se oyen cantos
 que hallan eco en las entrañas,
 y se ven tiernos semblantes
 que fuego en las mismas hallan;
 y todas se miran y oyen,
 y todas en lontananza,
 con rasgos de verdaderas,
 y caracteres de falsas,
 como si fuese otro mundo,
 que sostenido en el aura,
 va, viene, se agranda ó acorta,
 pára , jira , sube ó baja,
 que hastía , alegre ó entristece,
 á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta ,
 y apareciendo una dama
 un diálogo de improviso
 ella y D. Luis asi entablan :

ELVIRA.

¡ Luis !

LUIS.

¡ Elvira !

ELVIRA.

Irene ha muerto.

LUIS.

¿ Ha muerto ?

ELVIRA.

¡ Desventurada !

LUIS.

¡ Dios la tenga en su morada !

ELVIRA.

¿ Lo sientes ?

LUIS.

No.

ELVIRA.

¿ Cierto ?

LUIS.

Cierto.

Turbado D. Luis sin duda
 por su inquietud momentánea
 no oyó uno de esos suspiros
 que al resbalar de callada
 parece que de su asiento
 el corazon nos arrancan.
 Lamentos que á nuestro lado
 tal vez quejasas levantan
 de algunos séres perdidos
 las sombras enamoradas ,
 que de un fatal desengaño
 la hiel al probar amarga ,
 sembrando remordimientos,
 y doblando nuestras ansias ,
 acusan con hondas quejas
 de nuestra fé la inconstancia.

Ayes sin ruido , que sol o
hieren en su fondo al alma ,
que sin pregonar su orijen
nacen , crecen , la desgarran ;
mas que comunmente ahogados ,
del mundo entre la algazara ,
como con D. Luis ahora
desapercibidos pasan.

LUIS.

Siéntate á mi lado, Elvira.

(—Lo hizo con rostro halagueño).

LUIS.

¿Me amas?

ELVIRA.

Como á único dueño.

(— Por cierto que era mentira).

ELVIRA.

¿ En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido ?

LUIS.

Ni aun recuerdo si ha existido.

(— ¡Ay de su alma si lo escucha !)

LUIS.

Solo sé , Elvira , que quiero
cuando á tu lado me miro.

(—Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero).

LUIS.

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan , mi tio ,
formó , diciendo :— « Luis mio ,
dejo á Irene un patrimonio . »

« A legártele me allano ,
si con su mano te avienes . »—
— Sí , dije : tomé los bienes :
murió ; y olvidé su mano .

Te vi , te amé , y en seguida
de ella apartando la fé ,
entretenerla pensé ,
y al fin murió entretenida .

Y si soñando ternezas
ya ha muerto , hoy en mis desvelos ,
cuantos á Irene dí celos ,
pagaré á Elvira en finezas .

Espíritu que , vagando
del torbellino en las alas ,
creiste hallar puro el centro
de tus amorosas ánsias ,
¡ Oh , cuántas quejas al cielo
contra la doblez humana
elevarás , engañado ,
en tus dolientes plegarias !
¡ Triste Irene que , encendiendo
de tu corazon la llama ,

todos tus dones quemaste
 de un falso Dios ante el ara ,
 y condenándote el cielo
 por oblacion tan profana
 á desentrañar el pecho
 del ídolo que adorabas ,
 ves el sagrario vacío ,
 oyes sus promesas falsas ,
 tocas tu Dios y es un sueño ,
 tu dicha una sombra vana ,
 quedando al vaiven funesto
 de tu fortuna contraria ,
 llenos de horror tus recuerdos ,
 falta de luz tu esperanza !
 ¿Mas del corazon del hombre
 cuál otro dón esperabas
 sino el seductor halago
 de engañadoras palabras ;
 torpes gustos que destruyen ;
 hiel rebozada con ámbar ;
 pesares que mienten goces ,
 y caricias que desgarran ?
 Ahora , Irene , que en vano
 sordos suspiros ensayas ,
 que nunca á herir el instinto
 de nuestras potencias bastan ,
 busca , alma en pena , pues lloras ,
 del fiero don Luis el alma ,
 y atórméntala con celos ;
 llore con la tuya aunada ;
 ahogue secretas penas ,
 víctima de ocultas mañas ;

lamente glorias perdidas ;
 jima tu perdida gracia ,
 y cúmplanse al mismo tiempo
 su venganza , y tu venganza .

(—Y despues que sonrieron ,
 y uno al otro se miraron ,
 la plática que empezaron
 Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS.

¿Y cuándo , á mi ruego humana ,
 nuestros amorosos brazos
 sellarán eternos lazos ?

ELVIRA.

Quando tu quieras.

LUIS.

Mañana.

De sus estímulos siervo ,
 viendo la dicha cercana
 quiso disfrutarla acaso
 don Luis , ahorrando tardanzas ,
 y estrechando embebecido
 de Elvira la mano blanca ,
 sus ojos voluptuosos
 fijó en su frente de nácar ,

mientras que ella al turbio brillo
 mostrándose fascinada,
 entre si quiero, ó no quiero,
 ora cruel, ora mansa,
 ya con candores finjidos,
 ya con inquietudes falsas,
 tanto se esquivó mañosa,
 cuanto se brindó con maña,
 creyendo dar á su amante,
 en afecciones tan varias,
 de su candor claro indicio,
 y de su honor muestras claras.
 Don Luis redobló su esfuerzo,
 y tules venciendo, y gasas,
 fue poco á poco asaltando
 de su hermosura el alcázar;
 y ya con torpes arrobos
 iba á coronar sus ánsias,
 cuando esforzándose Elvira
 como si un áspid hollára,
 con estudiada apostura
 cruzó de pronto la estancia,
 y exclamó desde la puerta
 sonriéndose:—«¡Mañana!»

Quedóse de pié el de Castro,
 inmóvil como una estatua,
 dulcemente saboreando
 de su entonacion la májia;
 y fomentando en su mente
 locuras de la esperanza,
 vió un porvenir alumbrado

de siempre risueñas albas,
 torpes deseos cumplidos,
 luchas de amor coronadas,
 órjias, nupcias, devaneos,
 placeres, músicas, danzas,
 á cuyo encantado aspecto
 dijo con placer:—«¡Mañana!!»

Y luego, como si oculto
 algun sér se deslizára,
 que en su tránsito absorbiese
 los sueños de sus palabras,
 tras el conjunto risueño
 de amores, bailes y galas,
 traslució un mundo, poblado
 de ensangrentados fantasmas,
 desechos planes de gloria,
 de amor mentidas alianzas,
 placeres desencantados,
 sangre, cadáveres, dagas.....
 Y cual si hiriese su frente
 el talisman de una maga,
 y con pincel invisible
 trazase un lema en las auras,
 aborto, meditabundo,
 llena de inquietud el alma,
 con ojos desencajados
 leyó con horror:—«¡Mañana!!!...»



PRESENTIMIENTOS.



DON LUIS.—ELVIRA.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PEÑA.

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en donde la dicha está.
Hacia la luz mas cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar vé el engaño
de su resplandor faláz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán
sigue el rastro de otra lumbre
que resurje mas allá,
y asi van muriendo dichas,

y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr mas y mas.

Por eso don Luis el dia
de su brillante esponsal,
cuanto mas se acerca al gusto
lo vé desde mas atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos,
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces
alguna sombra tenáz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán,
pues siendo un sér increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrion de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira

torna risueño la faz,
solo mira en ella á un áspid
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues vé pasar receloso,
con la inquietud de un rival,
á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,
mas receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio
del mas insondable mar,
á unos porque mas hablan,
y á otros porque callan mas.

¡Triste condicion del hombre,
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algun recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destroz
sus ídolos suspicáz,

viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres
devora á don Luis un mal
de orijen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta á calificar,
pues solo ha visto una sombra ,
pero una sombra no mas ,
que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar;
y así entre dudas confuso,
de distinguirla incapáz,
ahogando presentimientos,
ríe en su fiesta nupcial ,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal ,
ya de la escitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festin descocado,
en impura bacanal ,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en órjia tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros
de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquella forjando
algun sacrilego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfráz,
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazon lentamente
despedazándole está.

Entre el monton de quimeras,
 que le desconciertan mas,
 pretende huir la zozobra
 de un recelo pertinaz,
 que le conduce, abismado,
 y le arrastra á su pesar
 donde don Pedro de Lara
 camina con torva faz,
 ya hácia abajo, ya hácia arriba,
 ora adelante, ora atrás;
 y en vano don Luis procura
 los ojos de él apartar,
 pues le persigue, llevado
 de su celosa ansiedad,
 cual si el poder la arrastrára
 de un secreto talismán;
 y si una vez por acaso
 el rostro vuelve al pasar,
 otra vez vuelve, y le mira
 con mas chocante desmán,
 pues le parece que al punto
 cruza el aire una deidad
 que le murmura al oido:
 —«Allí va Lara, allí vá.»

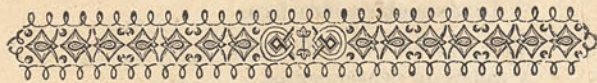
Y si es cierto que las sombras
 de los que murieron ya
 á cuantos séres amaron
 vuelven á la tierra á amar,
 sin que ellos tengan noticia

de su constante amistad,
 pues solo las ven soñando
 en lontananza pasar,
 tal vez los manes de Irene
 los que le avisan serán
 el doble trato de Elvira,
 de Lara la falsedad,
 y acaso tambien le inspiren
 aquel instinto especial
 con que sondea sus almas,
 euando engañándole están,
 don Pedro finjiendo enojos,
 mostrando Elvira soláz.

Rayó por fin la alta noche,
 y como en jiro cabal,
 el sueño sigue al desvelo,
 y al gusto la saciedad,
 á dormitarse empezaron
 todos cual menos, cual mas,
 que lo que es grato al principio,
 es desabrido al final.

(172)

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordáz,
sus dicharachos comunes,
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta,
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar;
pues á su espíritu asida,
en tétrica vaguedad,
le fue siguiendo, su pecho
trocando en llama voráz,
por lo que airado el de Castro
de sí empezó á blasfemar,
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogál.



ILUSIONES PERDIDAS.



DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Desde el dintel de la vida,
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el jérmén
de su dicha ó desventura.

Y en vano, si espinas coje,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
mas que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños
tantas imájenes turbias.

Levanta en su idea faros
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos
sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre
impreca á su suerte dura,
é ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamará el hombre
á su providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que resignado
don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desórden
de sus agitadas nupcias,
la soledad por testigo
de sus confidencias buscan.

Y solo en la oculta estancia
se vé á una luz moribunda
del blando lecho en que duermen
el cortinaje que ondula,....

¡Mil veces feliz quien logra
tocar así la ventura,
y en ella á saciarse impuros
todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
es cuando en la noche oscura
voluptuosas escenas
la imaginacion dibuja,
y se vé á un sér adorado
terciar amoroso en una,
y que á un rival mas dichoso
besa su boca perjural!
En vano entre ambos entonces

nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor escitando
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos solo
hacer sus caricias mútuas,
sin que un recuerdo consagren
á nuestras glorias ya mustias,
ni un dón á nuestra constancia,
ni un premio á nuestra ternura!

¡En vano en jiro invisible
allí nuestra mente lucha,
y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente auna,
jamás de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba,
y uno tras otro, estasiados,
placer tras placer consuman,
mientras que tristes nosotros
ninguno enjugar procura
las lágrimas que entretanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postracion tan suma,
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan solo en sombras anuncian,

mientras pasando la noche
negra, silenciosa, augusta,
con su soledad nos dice:
—“ ¡Jamás! imposible!! nunca !!! ” .

Al ver inquietud tan honda
es de creer que en su angustia
don Luis batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,
aunque al sentido estragado
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella á su vez le bese
con amorosa ternura;
porque don Luis, hostigado
por una sombra importuna,
hozando, en vez de placeres,
á tragos la hiel apura.

Imájen que á sus sentidos
llamando con voces mudas,
cual sér etéreo filtrado
de su sér mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienas le zumba.

¿Quiénes serán esos séres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos
el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscos recuerdos apunian?

¡Triste de él, cuando acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luis se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y vé deshacerse al aire
sus dichas una por una,
porque á la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa
hácia la mesa en que débil
la luz ilumina turbia,
una mirada sombría,
cuanto sombría iracunda,
acierta á leer papeles
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,

frases de amor elocuentes,
cifras de dolor sañudas,
tal vez de Irene regadas
con lágrimas de amargura!

—«¿A qué proseguís, impío,
mi esperanza alimentando,
si en vano os estoy, bien mio,
noche tras noche esperando?»

.....
«Si Dios les dá el sufrimiento
por el mal con que ellos dañan,
¡mucho ha de ser el tormento
de los amantes que engañan!»

.....
«Y si á mi amorosa holganza
burlasen tus juramentos,
¡plegue á Dios que á tu esperanza
labren sepulcro los vientos!»

.....
«Sin tí me halla el claro dia,
y sin tí, porque mas pene,
me encuentra la noche umbría.
¡Sola!... ¡siempre sola!!....—Irene.»

(180)

Y en el confuso delirio,
que sus potencias ofusca,
alzó los ojos al cielo,
por cuyas sendas cerúleas
viendo la imájen de Irene
cruzar silenciosa y pura:
—«¡Irene, ángel ó demonio,
que así mis contentos turbas,
perdon!!»—esclama, y el rostro
entre las manos sepulta;
mientras que Elvira, á otro lado
el jesto tornando mustia,
horribles imprecaciones
en són de rezo murmura.



SEGUNDA PARTE.

DEMONIO-ÁNJEL.



EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO.



De cuántas dichas traidoras
forjar á nuestra alma plugo ,
el tiempo el mejor verdugo ,
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vánse los años ,
y con mentidas holganzas ,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.

Tal don Luis á cada instante
en mengua de su reposo
fiel recuerda siendo esposo
dichas que gozó de amante.

(184)

Y del tiempo que va y viene ,
ardiendo en la oculta pira,
flora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Asi de añejos amores
vivimos enamorados ,
y asi los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales séres
es de amores y placeres
el mayor el mas lejano.

Aunque sueña en su estravío
con el amor de una muerta ,
de una hija la dicha cierta
de don Luis templa el hastío.

Pues le da á un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana ,
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores
debe ser su última queja ,
si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

(185)

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria ,
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes ,
es el mayor de sus bienes
desque murió su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza ,
en su error indefinible ,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.

Viendo su imájen risueña ,
pese á la imájen de Elvira ,
con ella al velar delira ,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca
la desdeñó cruelmente ,
hoy la traen á su mente
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías
que en el corazon se asientan,
los traen, cambian ó ahuyentan,
yendo y viniendo los dias.

(186)

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura
el tiempo el mejor castigo.



TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA.



—«Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.»

«Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no álzo á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.»—!

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquel á la fuga
al ver su ademan hostil.
Y este, el papel estrujando,
entre jurar y jemir :
—« Faltó á la red una malla , »
dijo despues para sí ,
« bueno será que ya preso
el pez se escurra sutil ,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardid. »=

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín ,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil ,
quien aun corriendo seguia
por el opuesto confin ,
que como el valor presta alas ,
da el miedo pies para huir.



AMOR CON AMOR SE PAGA.



DON LUIS.

Trémulo don Luis el pliego
desdobla poco despues
sentado frente á una mesa
en la que alumbra un quinqué.
Al ver la letra , su sangre
se arremolinó en su sien ,
de sus rencores anuncio ,
de una catástrofe pié.
Y golpeándose la frente :
—« Huyó con efecto el pez , »
dijo , y derramó una lágrima.
« Quiera Dios que pare en bien.

Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
asi una tras de otra lee:

—« Aunque teniéndoos presente
don Pedro os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.»

« Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imájen, soñando.»

« Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.»

« Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os queria:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.»

« Dóile pues el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engañó;
matar á un traidor no es mengua.»

« Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.»—

—« ¡No era mia!...—el triste padre
con infantil candidez,
transido prorumpió entonces;
y luego otra vez, y cien,
—« ¡No era mia!!—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazon del hombre,
si el amoroso cineél
en su espesor lentamente
labrando una imájen fue,
pues ya el sacrilego amaño
de alguna torpe dobléz,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fé,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan
sale el corazon con él!

—«¡No era mía!... ¡No era mía!!...»
 gritaba en su afán cruel,
 —«Pues mueran entrambas,»—dijo;
 y airado tornó á leer:

—«Luis á Irene ha tiempo nombra
 con amante desvarío:
 si todo en el mundo es sombra,
 lo mismo es su amor que el mie.»

«Y aunque uno á otro nos odiamos,
 en nuestros locos extremos
 callamos, porque miramos
 que andamos cuanto corremos.»

«Yo le miento placentera:
 él mentiroso me halaga:
 si él es falso, yo embustera:
 amor con amor se paga.»

Cuando nuestra alma estremece
 de la fortuna un vaiven,
 de cuyo estrago los ojos
 el fin no aciertan á ver,
 ata nuestra voz el pasmo,
 y nuestra mente un cancel:
 el corazón malherido
 deja sus alas caer:
 las lágrimas que á los ojos
 aun no se asomaron bien,

vuelven por la misma senda
 al pecho exequias á hacer;
 lágrimas que idolatradas,
 si no la animan tal vez,
 mueren con ella en el fondo
 del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis que, privado
 de amor y honor á la vez,
 perdió con prendas tan caras
 el sentimiento también,
 y desmayados sus miembros,
 entumecidos sus pies,
 solo en su estático rostro
 en mezcla mortal se ven
 lo estúpido de la infancia,
 lo débil de la vejez!

¡Y mas triste todavía
 cuando en reaccion cruel
 aglomerada su sangre
 vuelve en las venas á arder,
 sus miembros se vigorizan,
 torna á transpirar su tez,
 y una y mil veces trabado
 en violentos traspies,
 mide furioso la estancia
 desde una á la otra pared,
 hasta que un puñal asiendo
 en ánsia de no sé qué,

clamó, cual si desalado
corriese trás no sé quién:
—«¡Amor con amor se paga:
tiene razon mi mujer!»



EL ANJEL DE LA GUARDA.



I.

DON LUIS.

Execraciones lanzando
en los estremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa.

Asiendo con ruda mano
 las misteriosas cortinas,
 ya iba aquel pecho tan vírjen
 á desgarrar parricida,
 euando las soltó, impelido
 de una repugnante grima,
 con el afan batallando
 de esas sensaciones íntimas,
 que emanándose espontáneas
 de su contestura misma,
 sin prevenciones ni amagos
 el corazon nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
 de un padre la suerté indigna,
 euando por un caso de honra,
 tal vez por una mentira,
 dar ofendido la muerte
 pretende á quien dió la vida,
 y un ídolo edificando,
 para aventarle en cenizas,
 mece una mano su cuna,
 y la otra enciende su piral.

Así el amor sofocando
 del honor voces malditas,
 ilusiones en que débil
 la humana flaqueza estriba,
 tuvieron del asesino
 la voluntad indecisa,
 hasta que brotando en su alma
 preocupaciones impías,

que revelaban del mundo
 sarcásticas inyecciones,
 corrido, desesperado,
 por una irónica risa
 que se enjendró en su conciencia,
 clamó infeliz:—«hija mia!!»—
 y descolgando el acero
 sobre las holandas finas,
 tan crudos golpes reparte
 que el corazon petrifican.

Y mientras don Luis la muerte
 aquí y allí disemina,
 sin conocer ofuscado
 que el aire solo acuchilla;
 Ana en el jardin contempla
 la luz de la luna tibia,
 ante la cual jiran sombras,
 partos de su fantasía;
 y asi encuentra delirando
 gustos en vez de desdichas,
 que no son los que mas yerran
 los que en el mundo deliran.

EL ANJEL DE LA GUARDA.



II.

ANA.—EL ALMA EN PENA.

¡Bien haya la inocencia,
precioso dón del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslizase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado,
como fugáz paloma
por un cielo de aroma

cruza con pompa suma,
ó cual botado esquite
sin miedo á un arrecife
órza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventanal
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras, y sombras,
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—«Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente
refugio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja!
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente:
baja á los campos, baja.»—

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega,
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino,
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, revelado,
la voz de su destino.

La augusta perspectiva
que vé como soñando,
y el aura que oye esquivando,
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro oscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes;
y véense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia

de unas flores sin nombre,
 que esquivan la presencia
 de la mansion del hombre;
 y miranse las danzas
 de plantas fujitivas,
 risueñas lontananzas,
 citas de amor furtivas;
 porque una noche clara
 de sombras nunca avara,
 tantos prodijios junta
 en almas hechiceras,
 si en ellas ya despunta
 la edad de las quimeras.

Rayando la mañana
 tocó á su fin la luna,
 y al ver las sombras Ana
 deslizarse una á una,
 y que insensible huía
 la mas idolatrada,
 creyó que de callada
 pasando, la decia:
 —«Ya viene la mañana;
 vuélvete, niña, al lecho
 dó no amaga tu pecho
 la antes hambrienta fiera.
 Lloro á los tristes, Ana:
 Torna al redil, cordera.»—
 Y á la luz matutina,
 del sol que empezó á alzarse,

la imájen peregrina
 vió de Irene alejarse,
 cual iris inseguro
 que ya sin fuerza alguna
 un débil claro-oscuro
 esparce desteñido;
 ó cual rayo de luna,
 que acaso con mancilla
 mas enturbia que brilla
 á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas
 Ana, del claro dia
 que intenso destruía
 sus ilusiones bellas,
 la lumbre maldiciendo
 del sol que iba creciendo,
 traspuso la distancia
 de su vecina estancia,
 hallando de esta suerte
 el sueño mas tranquilo
 allí donde há tan poco
 que con intento loco
 sentó con mano fuerte
 de su guadaña el filo
 la inexorable muerte.

(204)

¡Cuánto fueran distintos
los mas funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los májicos instintos
que les inspira el cielo!



LUCHA CON EL DESTINO.



DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Al ver el lecho vacío,
en amarga transición,
tiñó de don Luis el rostro
mas que la rábía el pudor.
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor;
y á solas con ciego encono
golpeándose el corazon,
jimió de sí con desprecio,
y de vergüenza lloró;

que mas que pese á su orgullo,
y pese á su propio amor,
se ven , al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz , pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira
su rábía le encaminó;
porque detener al hombre
tan solo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdicion.
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusion;
y en vano sus turbios ojos
jirando ante ellos nubló,
y desconcertó su mente,
y ahogó su respiracion,
porque don Luis despeñado
sin luz , sin alma y sin voz,
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró;
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor,
aunque siempre al ser postrado
jime con vil abyeccion.

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,
ni tuvo de alzar los ojos
la mas fugáz tentacion,
porque tambien duerme el crimen
tras el desvelo traidor.
Y vanamente en el alma
una celeste vision
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida ,
palabras de salvacion,
oscuras frases del cielo ,
ecos de un sér velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postracion,
necia de escuchar se abstuvo
séres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazon,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audáz sorteaba su seno,
y en ánsias mortales:—¡Oh!!!—
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto són ,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
 con satánico furor
 ni lágrimas ni suspiros
 en holocausto rindió,
 porque tan viles crueldades
 en casos tan tristes, son
 infulas que dá el orgullo,
 alientos que dá el honor:
 y á la luz nocturna que entra
 por el contiguo balcon,
 sobre una mesa, tranquilo,
 así á escribir se sento:

«Don Pedro, mi esposa ha muerto.
 Yo soy noble: vos galante:
 y es quimera,
 que la que, con trato incierto,
 esposo tuvo y amante,
 sola muera.»

«Sitio,—la playa:—hora,—ahora:
 las armas,—una á los dos
 satisfaga:
 si una daga á la traidora
 dió muerte', déosla á vos
 —una daga.»

«Rogad á Dios... O vuestra ira
 me alzaré el padron maldito»

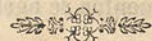
que hoy arrastro.
 ¿Visteis la sangre de Elvira?
 Pues ved con qué tinta he escrito.
 —Luis de Castro.»—

Y tendiendo al levantarse
 los ojos en derredor,
 en el adúltero rostro
 por postrer vez los clavó;
 y luego asestando á su alma
 un dardo la compasion,
 de sí mismo, y de su crimen,
 de allí huyendo se alejó;
 y al sér que labró su infamia,
 pero que encendió su amor,
 solemnizarle á sus ojos
 en las tinieblas dejó;
 y doblando de la noche
 con sus quejas el horror,
 dijo así el triste, llorando,
 ó así decirlo pensó:

—«¡Caed sin vergüenza orgullo,
 llorad sin afrenta honor,
 que de llanto y de deshonras
 sepulcro las sombras son!!!»



HONOR Y AMOR HACEN LOGOS.



DON LUIS.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que el corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imájen se le presente

de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo són entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en monton se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los días
de mas alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad mas remota;
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una
las vá recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de dó salimos nos tornal

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara :

DON LUIS.

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO.

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mútuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS.

Mucho don Pedro tardásteis.

DON PEDRO.

Cual me habeis aconsejado
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliásteis?

DON LUIS.

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO.

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS.

Pues vamos.

Y aperebiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
claró don Luis, estendiendo
al aire una banda roja:

DON LUIS.

Con esta, si no os asombra,
nos atarémos, don Pedro.

DON PEDRO.

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS.

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO.

Si, desasirnos podemos....

DON LUIS.

¡Huir!... ¿tan cobarde fuérais?...

DON PEDRO.

¡Huir!... ¿y creer pudiérais?...

DON LUIS.

Pues atemos.

DON PEDRO.

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoseas,
presas las siniestras manos,
y alto es puñal en las otras.

—Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas
¿A qué Dios rendis impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramais gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja;
—al amor,—honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombas!!!
Amáina don Luis la furia
de tu pasion rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo comun, de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Deten el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos,
nieblas del aire traidoras.

Tente, don Luis, porque en tierra
 á dar vas ciego de cólera.
 Atrás, don Pedro: ¿qué noble
 debe á un traspies la victoria?
 ¿Y á dónde estás en tal cuita,
 imájen de Irene hermosa,
 que en són de paz sus afanes
 no departes mediadora?
 Sin duda tu acento no oyen,
 que hombres que á tanto se arrojan,
 no es mucho, no, que del cielo
 voces internas desoigan.
 Cesad, que ya de los rostros
 la sangre á torrentes brota.
 ¡Cia, don Pedro, que mueres.
 El paso don Luis acorta.
 ¡Ay, que mejor que el alfanje
 casi el furor os ahoga!...
 El pecho don Pedro esquivo:
 corre... vuela... el paso dobla...
 Alza, don Luis, el acero...
 ten... oye... ¡misericordia!...
 ¡Triste de vos el de Lara,
 si el cielo ya no os perdona! —

A la maldición postrera
 que exhaló don Pedro ronca,
 quedaron del asesino
 ciegas las potencias todas;
 y mientras la calma espéra

con resignacion estóica,
 el mutilado cadáver
 asido al brazo le encorva.
 En vano el acero busca
 del campo sobre la alfombra,
 para evadirse del peso
 que cruelmente le agobia,
 pues al sepultarle airado
 con la indignacion mas loca,
 quedó del triste don Pedro
 entre las entrañas cóncavas;
 é inútilmente su diestra
 las ligaduras destroza,
 por ver si un piadoso esfuerzo
 de sí el cadáver arroja,
 que la invisible potencia
 de una deidad misteriosa
 parece que al mismo crimen
 al criminal aprisiona.

Entre el insondable cáos
 que todo su sér trastorna,
 créese ver los jestos horribles
 de mil figuras diabólicas
 que asen del muerto, doblando
 el peso que le acongoja,
 y huye, arrastrando el cadáver
 que le demandan las sombras,
 sin escuchar sus ahullidos,
 carcajadas estentóreas,
 que pavoroso el infierno
 en señal de triunfo aborta.

Y es inútil, si contrito
 la gracia de Dios no implora,
 que huya, rompiendo los lazos
 que á padecer le eslabonan,
 pues mientras que el mundo cruce,
 que jire, que pare, ó corra,
 siempre dejando el infierno,
 verá que su senda cortan,
 ya la sombra del amante,
 ya la imájen de la esposa;
 y aunque no tan crudamente
 como á él le acosan ahora,
 á cuantos al mundo nacen
 remordimientos acosan,
 si no del brazo pendientes,
 asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
 en confusion espantosa
 los gritos de la conciencia
 que calladamente asordan,
 corre el de Castro, ya viendo
 simas que á sus pies se ahondan,
 ya fieras que le persiguen,
 ya montes que se desploman;
 y trasluciendo entre nubes
 de Irene la blanca sombra,
 único faro que alumbraba
 al infeliz que se ahoga,
 por su presencia alentado
 corre gritando:—«¡perdona!»—
 y ella:—«¡sígueme!»—responde,

cual eco de su voz propia,
 y siempre asido al cadáver
 que entre las peñas destroza,
 de la desterrada amante
 sigue la luz misteriosa,
 luz que para el pobre Castro
 es de la esperanza copia,
 pues la luz de la esperanza
 es tan intensa y tan pródiga,
 que cayendo sobre el mundo
 desde el crisol de la gloria,
 por mas que su paso obstruyan
 las nieblas calijinosas,
 se debe ver del infierno
 hasta de las grutas lóbregas.

¡Oh, viendo su atroz martirio,
 no hay Dios, si Dios no perdona
 al que sus culpas espía
 con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
 en el horror de su cólera,
 pudiera imponer mas duro
 al que sus leyes trastorna,
 que atar del verdugo al cuello
 la víctima á quien inmea,
 y hacerle ver en su angustia
 las ensangrentadas sombras
 que desatado el infierno
 para horrorizarle arroja,
 nieblas que su vista ofusean,

simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas espía
con amarguras tan hondas!

Y con el ánsia del triste
que una esperanza remota
vé tras la impía falanje
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel:—«¡sígueme!»—que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.



DIOS ES PIADOSO.



DON LUIS.—EL ALMA EN PENA.

Sobre los rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,

tambien los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
tambien como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas mas salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reune,
porque á su eterna partida
con el perdon le saluden,
pues solemnizan tan solo
sus últimas inquietudes,
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,

y vió ante el Señor postrada
de Irene la imájen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdon en demanda
de Dios á los piés acude.

¡Bien haya amen la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á espiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas:
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorumpid:—«¡Bendita seas!»—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre vandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los séres de otro mundo
junto á nosotros jimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Si, desvandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
jimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fria
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mia
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorumpe;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdon acude
al alma que, atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco despues se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubens,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

FIN.

INDICE.

125 1/2
81
21 1/2

A la Reina Cristina.	8
La compasion.	13
Vivir-muriendo.	21
El carro de la fortuna.	27
La esencia perdida.	33
El amor inmortal.	39
La confesion.	45
El iris.	53
Las hadas.	59
Una lágrima á un recuerdo.	65
Las dos almas.	73
A orillas del Nalon.	79
El primer amor.	85
En la Cartuja de Búrgos.	93
Muertos y vivos.	99
El juicio final. (Fantasia.)	103
El alma en pena. (Leyenda.)	132
ANJEL-DEMONIO. (Primera parte.)	
Morir-amando.	141
El alma en pena.	147
Desengaños.	155

Presentimientos.	165
Ilusiones perdidas.	173
DEMONIO-ANJEL. (Segunda parte.)	
El mejor castigo el tiempo.	183
Tiró el Diablo de la manta.	187
Amor con amor se paga.	189
El Anjel de la Guarda. (I.).	195
El Anjel de la Guarda. (II.).	199
Lucha con el destino.	205
Amor y honor hacen locos.	211
Dios es piadoso.	221

